

tro cuarto, porque nos han dicho que es una gruta. Se sonrió y las introdujo en la gruta, con lo que castigó su curiosidad, pues dichas jóvenes solo vieron en un cuarto una habitación adornada sencillamente con muebles de caoba, bastante feos, y tapizada de papel de muy poco coste. Soló chocó á las jóvenes susodichas ver dos candelabros de forma antigua que estaban sobre la chimenea, y que eran de plata.

A pesar de esta visita de inspeccion, siguieron diciendo en la ciudad que nadie penetraba en el cuarto del señor alcalde, que era una cueva de ermitaño.

Susurrábase también que había colocado "sumas inmensas," en la casa de Laffitte, con la particularidad de poder siempre disponer de ellas cuando quisiese; de modo que, añadian, el señor Magdalena podía llegar mañana á casa de Laffitte, firmar el recibo y llevarse sus dos ó tres millones de francos en diez minutos. Realmente los millones que le atribuían se reducían á seiscientos treinta ó cuarenta mil francos.

## IV.

El señor Magdalena de luto.

Al principio del año 1821 los periódicos anunciaron la muerte de monseñor Myriel, obispo de Digne, apellidado "monseñor Bienvenido," que falleció en olor de santidad á la edad de ochenta y dos años.

El obispo de Digne, añadiendo nosotros un detalle que los periódicos omitieron, hacia ya muchos años que estaba ciego, y satisfecho, esto no obstante, por tener á su lado á su hermana.

Digámoslo de paso: ser ciego y ser querido es en este mundo de imperfecciones una de las formas más esquisitas de la felicidad humana. Tener siempre á nuestro lado la mujer, la hija ó la hermana, un sér cariñoso que os cuida porque le necesitáis y porque él mismo no puede estar lejos de vosotros; conocer que somos indispensables al que no es necesario; poder incesantemente medir su afecto por la cantidad de presente que nos consagra y decir: Si me dedica todo su tiempo es porque poseo todo su corazón; ver su pensamiento, no pudiendo ver su fisonomía; comprobar la felicidad de ese sér con el eclipse del mundo; percibir el rozamiento de un vestido como un ruido de alas; oír salir y entrar, ir y venir, conociendo ser el centro de

aquel movimiento; sentirse uno más poderoso cuanto uno es más impotente; llegar á ser en la oscuridad profunda el astro á cuyo alrededor gravita aquel ángel, es una felicidad que acaso ninguna otra iguala.

La dicha suprema en la vida consiste en tener la convicción de que nos aman, de que nos aman por nosotros mismos, y el ciego tiene esta convicción. Ser asistido en la desgracia es ser acariciado. Nada le falta al ciego que es querido así. Tener amor no es perder la luz. ¡Y qué amor!... Un amor enteramente fundado en la virtud. No hay ceguera donde hay certidumbre, que el alma busca á tientas á otra alma y la encuentra, y esa alma encontrada y probada es una mujer. Una mano os sostiene, es la suya; una boca roza vuestra frente, es la suya; una respiración suena en vuestro oído, es la suya. Es el encanto delicioso, es la grata compensación del infortunio conseguirlo todo de ella, desde el culto hasta la piedad; no verse nunca abandonados, sentir la tierna debilidad que os socorre, apoyarse en una caña inquebrantable, tocar con la mano la Providencia y poder tomarla en brazos como á un dios palpable. El corazón, celeste flor que vive en la oscuridad, se llena de misterioso desvanecimiento, y no cambiaría su sombra por toda la claridad. El alma-ángel está allí, siempre allí; si se aleja es para volver; se disipa como el sueño y reaparece como la realidad. Se percibe un calor que se acerca; ella es. Hay en ella efusión de serenidad, de alegría y de éxtasis; es un rayo de luz en la noche. Cuidados insignificantes y mimos deliciosos, en los que se emplean los más inefables acentos de la voz femenil, suplen en nosotros al universo desvanecido. Al sentirse acariciado en el alma el pobre ciego no vé, pero conoce que le adoran y vive en un paraíso de tinieblas. Desde aquel paraíso pasó monseñor Bienvenido al otro.

El periódico de la localidad reprodujo el anuncio de su muerte, y el señor Magdalena se presentó al día siguiente en Montreuil-sur-Mer vestido de negro y con gasa en el sombrero.

Su luto llamó la atención de la ciudad y fué muy comentado. Por él creyeron vislumbrar el origen del señor Magdalena, y dedujeron que debía tener algún parentesco con el venerable obispo. "Lleva luto por el obispo de Digne," dijeron en las reuniones, y esto realzó en alto grado al señor alcalde, ganándole

súbita consideración entre la clase alta de Montreuil-sur-Mer. Su microscópico centro aristocrático decidió que concluyese la cuarentena que impuso al señor Magdalena al creerle pariente probable del obispo. El fabricante pronto conoció este cambio por las mayores reverencias que le hacían las viejas y por las sonrisas más frecuentes de las jóvenes. Una tarde, una de las decanas del alto círculo, curiosa por derecho de ancianidad, se atrevió á preguntarle:—"Erais, señor alcalde, quizás primo del obispo de Digne?"

—No, señora, contestó.

—Pues entonces, ¿por qué lleváis luto por él?"

—En mi juventud fui lacayo de su familia, respondió el señor Magdalena.

También observaron en la ciudad que cada vez que pasaba por allí algún muchacho saboyano, recorriendo el país para limpiar chimeneas, el señor alcalde le hacía llamar, le preguntaba su nombre y le daba dinero. Los saboyanos se pasaban la voz unos á otros, y por eso transitaban muchos por Montreuil-sur-Mer.

## V.

Vagos relámpagos en el horizonte.

Poco á poco y con el tiempo vió cesar todas sus oposiciones el señor Magdalena. Al principio, por esa ley á que están sujetos todos los que se elevan, se propalaron contra él infamias y calumnias, que más tarde solo fueron murmuraciones y malicias y últimamente se desvanecieron por completo. Llegó la ciudad á mirarle con respeto cordial y unánime, y hubo momentos en 1821 en que se decía *el señor alcalde* con el mismo acento con que en 1815 se pronunciaban las palabras *el señor obispo*.

De diez leguas á la redonda iban á consultar al señor Magdalena, y él terminaba las diferencias, suspendía los pleitos y reconciliaba á los enemigos. Todos le consideraban como juez de sus derechos, como si su alma fuese el libro de la ley natural. Hubo como un contagio de veneración, que durante seis ó siete años se extendió por toda la comarca.

Solo un hombre en la población y en el distrito se libró absolutamente de aquel contagio, el que, por más que hizo el señor Magdalena, se le mostró rebelde, como si un instinto incorruptible é

imperturbable le despertara y le inquietase. Diríase que existe, en efecto, en ciertos hombres verdadero instinto bestial, puro é íntegro como todo instinto que crea las antipatías y las simpatías, que separa fatalmente unas naturalezas de otras, que no vacila, que no se turba, ni calla, ni se desmiente nunca; claro en su oscuridad, infalible, imperioso, refractario á todos los consejos de la inteligencia y á todos los disolventes de la razón, y que, de cualquier modo que se le aparezcan formados los destinos, advierte secretamente al hombre-perro que le posee la presencia del hombre-gato, y al hombre-zorro la presencia del hombre-león.

Muchas veces, cuando el señor Magdalena pasaba por una calle tranquilo, afectuoso, rodeado de las bendiciones de todos, acontecía que un hombre de alta estatura, vestido de levita gris oscura, con un grueso bastón y con sombrero de copa achatada, se volvía bruscamente á mirarle y le seguía con la vista hasta verle desaparecer, cruzando los brazos, sacudiendo lentamente la cabeza y levantando los labios hasta la nariz, con un gesto significativo que podría traducirse de esta manera:—"¿Quién es este hombre? Estoy seguro de haberle visto en alguna parte. De todos modos á mí no me engaña."

Este personaje grave, de gravedad casi amenazadora, era de esos que llaman la atención del observador, por rápidamente que se les vea.

Se llamaba Javert y pertenecía á la policía.

Desempeñaba en Montreuil-sur-Mer las funciones penosas y útiles de inspector. No estaba allí cuando comenzó á dedicarse á la fabricación el señor Magdalena. Debía el puesto que ocupaba á la protección del señor Chabouillet, secretario del ministro de Estado conde de Anglés, prefecto de policía entonces de París, y cuando llegó á dicha población era ya rico el gran manufacturero.

Ciertos agentes de policía ofrecen una fisonomía particular, que tiene cierto aspecto de bajeza mezclada con cierto aire de autoridad. Javert poseía esta fisonomía, pero sin el aspecto de bajeza.

Abrigamos la convicción de que si las almas fuesen visibles á los ojos, veríamos con claridad que cada uno de los individuos de la especie humana corresponde á alguna de las especies de la creación animal, y podría reconocerse

fácilmente la verdad, apenas entrevista por el pensador, de que desde la ostra hasta el águila, desde el puerco hasta el tigre, todos los animales se encuentran en el hombre, cada uno en cada hombre, y á veces muchos de ellos en un hombre solo.

Los animales solo son las figuras de nuestras virtudes y de nuestros vicios, errantes delante de nuestros ojos, fantasmáticas visibles de nuestras almas. Dios nos los muestra para hacernos reflexionar. Pero como los animales solo son sombras, Dios no los ha hecho educables en el sentido completo de la palabra; al contrario que á nuestras almas, que siendo realidades y teniendo un fin que les es propio, les ha dado Dios la inteligencia, es decir, les ha hecho susceptibles de educacion. La educacion social, bien entendida, puede sacar siempre del alma toda la utilidad que contenga.

Entiéndase que hablamos bajo el punto de vista concreto de la vida terrestre aparente, y sin prejuzgar la cuestion profunda de la personalidad anterior ó ulterior de los seres que no son el hombre. El yo visible no autoriza en modo alguno al pensador para negar el yo latente. Hecha esta salvedad, pasemos adelante.

Pues bien; si admitimos por un momento que en cada hombre se encuentra una especie animal de la creacion, nos será fácil decir de qué especie era el inspector de policía Javert.

Los aldeanos de Astúrias creen que en cada camada de loba nace un perro, al que mata la madre, porque si creciese, al hacerse grande se comeria á sus demás hijuelos. Dótese de cara humana al perro hijo de la loba y nos resultará Javert.

Javert nació en una cárcel, de una echadora de cartas, cuyo marido estaba en presidio. A medida que fué creciendo comprendió cada vez más claro que se encontraba fuera de la sociedad, y desesperó de poder entrar en ella nunca; porque la sociedad retiene irremisiblemente fuera de ella dos clases de hombres, á los que la atacan y á los que la guardan. No tenia más remedio que elegir una de esas dos clases. Al mismo tiempo tenia un fondo de rigidez, de regularidad y de probidad complicado con inexplicable odio hácia la raza bohemia, de la que él procedia. Entró, pues, en la policía y logró progresar en ella. A los cuarenta años era inspector.

En su juventud estuvo empleado en los presidios del Mediodía.

Antes de pasar adelante, expliquemos las palabras *cara humana* que hace poco aplicamos á Javert.

En la *cara humana* del inspector descollaba la nariz chata con dos profundas ventanas, hácia las que se extendian enormes patillas, que campeaban en los carrillos. Impresionaban desagradablemente aquellas dos selvas y aquellas dos cavernas cuando se veian por primera vez. Cuando Javert se reia, lo que en él era raro y terrible, sus delgados labios se separaban, dejando al descubierto, no solo los dientes, sino tambien las encías, y alrededor de la nariz se le formaba un pliegue abultado y feroz, como el que se forma sobre el hocico de una fiera. Cuando Javert estaba serio parecia un dogo y cuando reia un tigre. Tenia poco cráneo, mucha mandíbula; los cabellos le tapaban la frente y le caian sobre las cejas; separaba sus dos ojos un fruncimiento central, permanente, como signo de cólera; su mirada era sombría, su boca era temible y su aire de mando feroz.

Dominaban á este hombre dos sentimientos, sencillos y buenos relativamente, pero que él los convertia en malos á fuerza de exagerarlos; eran estos dos sentimientos el respeto á la autoridad y el odio á la rebelion, y envolvia en una especie de fé ciega y profunda á todo el que desempeñaba una funcion en el Estado, desde el primer ministro hasta el último guarda rural; pero en cambio le inspiraba desprecio, aversion y disgusto todo aquel que habia rebasado una vez el limite legal del mal: en esto era absoluto y no admitia escepciones. Por una parte pensaba:—El funcionario no puede equivocarse, el magistrado nunca se equivoca. Por otra parte pensaba tambien:—Los sentenciados están irremediabilmente perdidos y nada bueno puede esperarse de ellos. Participaba enteramente de la opinion de los espíritus extremados, que atribuyen á la ley humana el derecho de calificar á los demonios y que colocan una Estigia en lo más bajo de la sociedad. Era estóico, serio, austero, pensador, lúgubre, humilde y altivo como los fanáticos. Su mirada era como una barrena fria y taladraba á aquel á quien se dirigia.

Su vida entera se compendiaba en estas dos palabras: velar y vigilar. Habia introducido la línea recta en lo que hay más torcido en el mundo; tenia la con-

ciencia de su utilidad y ejercia el sacerdocio de sus funciones, siendo de buena fé espía como otros de buena fé son eclesiásticos. ¡Desgraciado del que caia en sus manos!... Era capaz de prender á su padre si se hubiera escapado del presidio y de denunciar á su madre al huir de la cárcel, pero con la satisfaccion interior que produce la virtud.

Pasaba una vida de privacion, de aislamiento, de castidad, sin conocer jamás las distracciones. Era el deber implacable, la representacion de la policia comprendida como los espartanos comprendian á Esparta; esto es, la vigilancia inexorable, la honradez feroz, el espía de mármol, Bruto ingerto en Vidocq.

Todo en Javert daba á entender que era el hombre que espía y que se oculta. La escuela mística de José de Maistre, que en aquella época razonaba con alta cosmogonia á los periódicos llamados *ultra*, hubiera dicho que Javert era un símbolo. No se le veia la frente, que desaparecia bajo el sombrero; no se le veian los ojos, que se perdian bajo las cejas; no se le veia la barba, que se le embutia en la corbata; no se le veian las manos, que se le quedaban dentro de las mangas; no se le veia el baston, porque se lo escondia bajo del gaban. Pero cuando se presentaba la ocasion, salia de pronto de aquella sombra, como de una emboscada, su frente angulosa y estrecha, su mirada funesta, su barba amenazadora, sus manos monstruosas y su grueso garrote.

En sus escasos momentos de ocio, aunque odiaba los libros, leia, por lo que no era completamente ignorante; esto se conocia en el énfasis que daba á sus palabras.

No tenia vicio alguno, como ya dijimos. Cuando estaba satisfecho de sí mismo tomaba rapé; éste era el lazo que le unia á la humanidad.

Después de lo dicho se comprenderá fácilmente que Javert era el espanto de la clase que la estadística anual del ministerio de Justicia designa con el epígrafe de: "Personas sin oficio conocido." Solo pronunciando el nombre de Javert huian; si veian la cara de Javert se quedaban petrificados.

Tal era el formidable inspector.

Javert tenia siempre los ojos fijos en el señor Magdalena, sus ojos llenos de sospechas y de conjeturas.

El alcalde llegó á conocerlo, pero á lo que parecia eso poco le importaba. Ni

una sola pregunta hizo á Javert; ni le buscaba, ni le huia, y sufría, como si no se apercibiese de ello, aquella mirada incómoda y pesada. Trataba á Javert como á todo el mundo, con llaneza y con bondad.

Por palabras sueltas escapadas á Javert podia comprenderse que habia inquirido secretamente, con la curiosidad propia de su raza, en la que tanta parte toma el instinto como la voluntad, los antecedentes y las huellas que el señor Magdalena pudo dejar en otras partes. Daba á entender por medio de frases embozadas que álguien habia tomado informes en cierto pais sobre una familia que habia desaparecido. Un dia se dijo, hablando consigo mismo:—“¡Me parece que ya le he cogido!...”—Luego se quedó tres dias pensativo sin pronunciar una sola palabra, como si se hubiese roto el hilo que creia coger.

Por otra parte, y este es un correctivo necesario al sentido demasiado absoluto que pretende darse á ciertas palabras, no puede ser verdaderamente infalible ninguna criatura humana, y es propio del instinto confundirse y desorientarse, porque si así no sucediera, seria superior á la inteligencia y resultaria que las bestias sabrian más que los hombres.

Desconcertaba hasta cierto punto la verdadera tranquilidad en que vivia Magdalena.

Llegó un dia en que el extraño comportamiento de Javert parecia que impresionó al rico fabricante, y vamos á ver por qué motivo.

## VI.

### El tío Fauchelevent.

Al pasar el señor Magdalena por una callejuela de Montreuil-sur-Mer, que no estaba empedrada, oyó un ruido y vió un grupo á alguna distancia de él; se acercó y vió que un viejo, llamado el tío Fauchelevent, acababa de caer bajo de un carro, cuyo caballo yacía en el suelo y estaba allí doblado.

Fauchelevent era uno de los pocos enemigos que tenia Magdalena en aquella época: cuando éste llegó á aquella poblacion, Fauchelevent era un campesino casi letrado, que tenia un comercio que empezaba á decaer, y vió que aquel simple obrero se enriquecia, mientras él, que era dueño de un establecimiento, se arruinaba; de aquí nació la envidia, que le obligó á hacer todo lo

que estuvo de su mano para perjudicar al fabricante. Fauchelevent se arruinó al fin, quedándole tan solo un caballo y un carro, y se hizo carretero para poder vivir.

El caballo se rompió las dos piernas y no podía levantarse; el anciano había caído entre las ruedas, con tan mala suerte, que todo el peso del carro, que iba muy cargado, gravitaba sobre su pecho. El tío Fauchelevent lanzaba ayes lastimeros. Trataron de sacarle de bajo del carro, pero inútilmente. Un esfuerzo desordenado, un socorro mal entendido, una sacudida en falso podían acabar con él. Era imposible librarle de otro modo que levantando el carro por debajo. Javert, que se apareció en el momento de la ocurrencia, había enviado á buscar un cabrestante.

Llegó el señor Magdalena y todos se apartaron con respeto.

—Socorro! gritó el viejo Fauchelevent. ¿No habrá nadie que se atreva á salvar á este anciano?

El señor Magdalena se volvió hácia los asistentes.

—Hay algun cabrestante? preguntó.

—A buscarle han ido, respondió un aldeano.

—Cuánto tiempo tardarán en traerlo?

—Han ido al punto más cerca en que pueden encontrarlo, al barrio de Hachot, en donde hay un herrador, pero sin embargo, tardarán un cuarto de hora.

—Un cuarto de hora! exclamó Magdalena.

Habia llovido el día anterior, el suelo estaba reblandecido, y el carro se hundía en tierra más cada momento y comprimía más y más el pecho del carretero. Era evidente que antes de cinco minutos tendría las costillas rotas.

—Es imposible esperar un cuarto de hora, decía el señor Magdalena á los aldeanos que contemplaban aquella escena.

—No hay otro remedio.

—Pues entonces ya será tarde. ¿No estais viendo que el carro se hunde?

—Gran Dios! exclamaron todos los circunstantes.

—Veo, continuó diciendo el señor Magdalena, que queda espacio suficiente debajo del carro para que pase un hombre y lo levante por las espaldas. En un minuto se puede sacar de ahí á ese pobre hombre. ¿Hay alguno que tenga bastante fuerza y bastante corazon? Se ganará cinco luises de oro.

Ninguno de los asistentes hizo el menor movimiento.

—Diez luises! repitió el alcalde.

Los asistentes bajaron la vista. Uno de ellos murmuró:

—Se necesita para eso tener la fuerza de un demonio. Se corre el peligro de morir aplastados.

—Vamos, veinte luises!

El mismo silencio.

—No es buena voluntad lo que les falta, dijo una voz.

El señor Magdalena se volvió al oírlo y conoció á Javert. No le había visto hasta entonces.

Javert continuó:

—Lo que les falta es fuerza. Seria preciso ser un hombre terrible para levantar con las espaldas un carro tan cargado como éste.

Mirando con fijeza al señor Magdalena, continuó recalcando cada una de las palabras que pronunciaba:

—No he conocido más que un hombre capaz de hacer lo que pedís.

Magdalena se estremeció.

Javert añadió con aire indiferente, pero sin apartar la vista del alcalde:

—Era un forzado.

—Ah!... exclamó el fabricante.

—Del presidio de Tolon.

Magdalena palideció.

Entre tanto, el carro se hundía lentamente más cada vez. El tío Fauchelevent lanzaba gritos y ayes:

—Que me ahogo!... ¡Se me rompen las costillas!... Traed una cábría!... ¡Salvadme!...

—¿No hay nadie que quiera ganarse veinte luises salvando la vida á este pobre carretero? volvió á decir el fabricante.

No se movió nadie. Javert repitió.

—Solo el forzado á que me refiero pudiera realizar semejante proeza.

—Que me aplasta el carro! gritó el anciano.

Magdalena levantó la cabeza y vió que los ojos de halcón de Javert estaban siempre fijos en él; vió que la gente del grupo no se movía, y sonrió con tristeza. En seguida se puso de rodillas, y antes de que la multitud tuviese tiempo para lanzar un grito estaba ya debajo del carro.

Hubo un momento espantoso de espectacion y de silencio.

Vióse á Magdalena pegado con el vientre contra el suelo, bajo el enorme peso del carro, probar en vano dos veces á juntar los codos con las rodillas.

La multitud exclamaba:

—Salid de ahí, señor Magdalena! y hasta Fauchelevent se lo decía también. Magdalena ni siquiera respondió.

Los concurrentes estaban sin aliento. Las ruedas habían seguido hundiéndose y era ya casi imposible que el fabricante pudiese salir de bajo del carro. De pronto vieron que se conmovía la enorme mole; el carro se levantaba lentamente y salían las ruedas casi del carril.

Una voz ahogada gritó:

—Pronto, pronto, ayudad!

Era Magdalena que acababa de hacer el último esfuerzo.

Todos se precipitaron sobre el carro. La abnegación de uno solo dió fuerzas y valor á todos, y veinte brazos levantaron el carro, salvando de este modo al viejo Fauchelevent.

Se levantó del suelo Magdalena: estaba lívido y sudando, con la ropa destrozada y lleno de lodo. La multitud lloraba; el carretero le besaba las rodillas y le llamaba su salvador. La fisonomía de Magdalena expresaba sufrimiento feliz y celeste y fijaba los ojos serenos en Javert, que continuaba mirándole.

## VII.

Fauchelevent, jardinero de Paris.

Fauchelevent se dislocó la rótula en la caída. Magdalena hizo que le llevasen á la enfermería que había establecido para sus trabajadores en el edificio mismo de su fábrica, en la que asistían dos Hermanas de la Caridad. El carretero se encontró á la mañana siguiente, encima de la mesilla de noche, un billete de mil francos, con esta línea, escrita y firmada en un papel por Magdalena, que decía: *Os compro el carro y el caballo*. El carro estaba roto y el caballo había muerto. Fauchelevent curó, pero la rodilla le quedó con anquilosis. Magdalena, por la recomendación de las Hermanas y de su cura párroco, pudo colocar al carretero de jardinero en un convento de monjas del barrio de San Antonio de Paris.

Poco tiempo despues de aquella ocurrencia fué nombrado alcalde el señor Magdalena. La primera vez que Javert le vió revestido con la banda que le daba el mando de la poblacion, experimentó el estremecimiento que sentiria el lobo que olfatease á otro lobo debajo del vestido de su amo. Desde entonces le huyó todo lo que pudo, y cuando las necesidades

del servicio lo exigian imperiosamente y tenia que encontrarse con el alcalde, le hablaba con profundo respeto.

La prosperidad con que hizo florecer á Montreuil-sur-Mer el señor Magdalena, tenia—además de los signos visibles que hemos indicado—otro síntoma que, no por ser invisible, era menos significativo, síntoma que nunca engaña. Cuando la poblacion padece, cuando falta el trabajo, cuando es nulo el comercio, el contribuyente se resiste á pagar el impuesto por su penuria, deja pasar los plazos y el Estado tiene que gastar en apremios y en reintegros: cuando el trabajo abunda, cuando el país es feliz y rico, se paga el impuesto con desahogo y no ha de hacer gastos el Estado. Puede decirse que la miseria y la riqueza públicas tienen un termómetro infalible en los gastos de percepcion del impuesto. En siete años en el distrito de Montreuil-sur-Mer los gastos de percepcion del impuesto habían bajado las tres cuartas partes, lo que daba ocasion á que el ministro de Hacienda, M. Villele, le citase con frecuencia como al modelo de los distritos.

Tal era su situacion cuando volvió Fantina á su país natal. Nadie allí se acordaba ya de ella, pero afortunadamente la fábrica de Magdalena era como un refugio para los trabajadores. Se presentó y la admitieron en el obrador de las mujeres. Aquel oficio era enteramente nuevo para Fantina y no podia ser experta en él, por lo que sacaba poco producto de su jornal, pero le bastaba para cubrir sus necesidades. Había resuelto el problema: se ganaba la vida.

## VIII.

La señora Victornien gasta treinta francos en favor de la moralidad.

Cuando vió Fantina que vivía de su trabajo tuvo un momento de alegría. Ganarse la vida honradamente era para ella el colmo de sus deseos, y recobró la afición al trabajo. Compró un espejo y se regocijó al verse jóven, con hermosos cabellos y con lindos dientes; pero olvidándose despues de esto, solo pensó en Cosette y en su porvenir, y fué casi feliz. Alquiló un cuartito y le amuebló con dinero prestado sobre su trabajo futuro, como un último resto de sus hábitos de desorden.

Como no podia decir que era casada, se guardó bien de decir á nadie que tenía una hija de pocos años,

Al principio, como vimos, pagaba con exactitud á los Thenardier: como no sabia más que firmar, se vió obligada para escribirles á valerse de un memorialista. Como les dirigia cartas con bastante frecuencia, lo notaron y empezó á decirse en voz baja en el taller de mujeres que Fantina "escribia cartas," y que tenia "cierto aire."

Nadie es mejor para espiar las acciones de los demás que aquel al que nada importan.—¿Por qué tal caballero solo viene al anochecer? ¿Por qué tal señor no cuelga la llave en su respectivo clavo de la portería los jueves? ¿Por qué va siempre por calles extraviadas? ¿Por qué tal señora se baja del coche de alquiler antes de llegar á la casa? Por qué? etcétera etc. Hay gentes que por saber el secreto de esos enigmas, que les son indiferentes, gastan dinero, pierden tiempo y se toman más trabajo que les costaría el realizar diez buenas acciones, y se ocupan de ello gratis, por gusto, por curiosidad. Siguen á éste ó á aquella días enteros, hacen largas horas de centinela en las esquinas, entre los árboles, de noche, con frío y con lluvia; corrompen criados, emborrachan á cocheros y á lacayos, compran á la doncella, sobornan al portero, y... para qué? Para nada. Por el encarnizamiento de ver, de saber vidas ajenas, por curiosidad ó por afán de murmuración. Con frecuencia cuando se conocen estos secretos, cuando se publican estos misterios, cuando se descubren estos enigmas á la luz del día, producen catástrofes, duelos, quiebras, ruinas de familias y amargas existencias, con gran satisfacción de aquellos que lo han "descubierto todo," sin interés y por puro instinto. Cosa triste es en verdad!

Ciertas personas solo son malas porque sienten la necesidad de hablar. Su conversacion, que es charla en la sala y habladuría en la antecámara, es como las chimeneas que consumen pronto la leña: necesitan mucho combustible, y su combustible es el prójimo.

Espiaron, pues, á Fantina. Algunas de las jóvenes que la espaban tenian envidia á sus cabellos rubios y á sus dientes blancos. Observaron en el obrador que algunas veces volvía la cabeza para enjugarse una lágrima; esto la sucedia en los momentos en que pensaba en su hija y quizás tambien cuando pensaba en el hombre que habia querido. Es obra dolorosa la de romper los sombríos lazos del pasado.

Se descubrió que escribia dos veces

mes lo menos, siempre con la misma direccion, y que franqueaba las cartas. Consiguieron proporcionalarse un sobre que decia: *Al señor Thenardier, posadero de Montfermeil.* Hicieron desembuchar lo que sabia en la taberna al memorialista, que era un viejo que no podia llenar el estómago de vino tinto sin desocupar el pecho de secretos. En una palabra, averiguaron que Fantina tenia una hija. Hubo comadre que hizo un viaje expreso á Montfermeil para hablar con los Thenardier, saberlo cierto y decir á la vuelta:—"Por treinta y cinco francos lo sé todo. He visto á la criatura."

La comadre que tal hizo era una górgona, que se llamaba la señora Victurnien, guardiana y portera de la virtud de todo el mundo. Tenia cincuenta y seis años y forrada la máscara de su fealdad con la máscara de la vejez. Su voz era temblorosa y tenia instintos de macho cabrío. Asombraba que esa vieja hubiera sido jóven. En sus mocedades, en pleno Noventa y tres, se casó con un fraile que se escapó del claustro con gorro colorado y que se pasó de los Bernardinos á los Jacobinos. Era flaca, seca, áspera, puntiaguda, casi ponzoñosa; y se acordaba mucho de su fraile, del que era viuda, porque la sujetó y la domó. Era una ortiga que conservaba aun la plegadura del hábito monacal. Cuando vino la restauracion se hizo ferviente devota, por lo que los clérigos le perdonaron el haberse casado con un fraile. Poseia una corta hacienda que públicamente se sabia que tenia que heredarla una comunidad religiosa, y estaba muy bien mirada en el obispado de Arras. Dicha señora Victurnien fué la que hizo el viaje á Montfermeil y volvió diciendo: "He visto la niña."

Averiguar tanto costó bastante tiempo. Fantina estaba ya un año en la fábrica, cuando una mañana la vigilante del obrador la entregó de parte del señor alcalde cincuenta francos y la participó que no formaba ya parte del taller, invitándola, tambien de parte del señor alcalde, á salir de la poblacion. Esto ocurrió precisamente en el mismo mes en que los Thenardier, despues de pedirla doce francos en vez de seis, acababan de exigirle quince en vez de doce.

Fantina quedó aterrada. No podia salir de la poblacion porque debia el alquiler de la casa y los muebles, y cincuenta francos no bastaban para pagar esas deudas. Balbuceó algunas palabras de súplica; pero la vigilante la intimó á que

saliera en seguida del taller. Además, era la pobre Fantina una operaria muy mediana. Oprimida por la vergüenza más que por la desesperacion, dejó el obrador y entró en su casa. ¡Su falta era ya, pues, conocida de todos!

No se sentia con fuerzas para defenderse. Aconsejaronla que fuera á ver al alcalde, pero no se atrevió. El alcalde le daba cincuenta francos porque era bueno, y la despedia porque era justo. Se sometió, pues, á su fatal decreto.

## IX.

## Triunfo de la señora Victurnien.

El señor Magdalena no supo nada respecto á lo ocurrido en el obrador por una de esas combinaciones de los sucesos de que está llena la vida; el fabricante tenia por costumbre no entrar casi nunca en el taller de mujeres; habia puesto al frente de él á una solterona que el cura le habia recomendado, y depositaba toda su confianza en aquella superintendente, que era persona respetable, equitativa, íntegra; dotada de la caridad que consiste en dar, pero no de la caridad que consiste en comprender y en perdonar.

El señor Magdalena descansaba en ella. Los hombres mejores se ven obligados muchas veces á delegar su autoridad, y usando de los poderes plenos que tenia, y convencida de que obraba bien, la superintendente instruyó el proceso, juzgó, condenó y ejecutó á Fantina. Respecto á los cincuenta francos que la dió, los tomó de una suma que el señor Magdalena le tenia confiada para limosnas y socorros á las operarias, y de la que no daba cuenta á su principal.

Fantina se presentó en las casas de la localidad solicitando ser admitida como criada, pero en ninguna la quisieron admitir. No pudo abandonar la poblacion, porque el prendero, á quien debia los miserables muebles, le dijo: "Si os marchais os haré prender por ladrona." Dividió los cincuenta francos recibidos entre el prendero y el propietario de su habitacion, devolviendo á aquel las tres cuartas partes de los muebles, quedándose solo con lo más necesario, y se encontró sin trabajo, sin oficio, con la cama solo, y debiendo todavía sobre cien francos.

Se dedicó á coser camisas groseras para los soldados de la guarnicion, y con lo poco que ganaba no tenia lo su-

ficiente para el gasto que le hacia su hija. Entonces fué cuando empezó á pagar mal á los Thenardier.

Una vieja, que le encendia la luz cuando volvía á casa de noche, le enseñó el arte de vivir en la miseria. Tras de vivir con poco, queda aun el vivir con nada; de esas dos habitaciones, la primera es oscura y la segunda tenebrosa. Fantina aprendió cómo se vive en invierno sin fuego; cómo se renuncia al pájaro que comia dos céntimos de alpiste todos los días; cómo se hace servir la saya de manta, y cómo se ahorra la vela, haciendo la comida á la luz de la ventana de enfrente. No se sabe el partido que ciertos seres que han envejecido en la honradez y en las privaciones saben sacar de una insignificante moneda de cobre: llega á ser esto un talento, y al adquirirlo, Fantina recobró parte de valor perdido.

En esta época la infortunada madre hablaba así con una vecina suya:—"Durmiendo cinco horas y trabajando todas las demás en la costura llegaré á ganar para comer pan; además, que cuando estamos tristes se come menos. ¡Pues bien! con mi sufrimiento, mi inquietud y un poco de pan por una parte y los pesares por otra, entre todo esto me alimentaré."

En medio de su miseria, tener en su compañía á su hija hubiera sido para ella una felicidad.

Le ocurrió la idea de traerla á su lado. Para qué? ¿para que participase de su desnudez? Además, debia á los Thenardier, y no podia pagarles ni costear el viaje de Cosette.

La vieja que le habia enseñado lecciones de la vida indigente era una buena mujer, que se llamaba Margarita; ingenuamente devota, pobre y caritativa con los pobres y hasta con los ricos; sabia firmar con su nombre y creia en Dios, que es en lo que consiste la ciencia. Existen muchas de estas virtudes caidas en lo más hondo de la tierra, que un día estarán allá arriba. Esta vida tiene un día siguiente.

En los primeros tiempos de su miseria Fantina estaba tan avergonzada, que no se atrevia á salir de su mezquina habitacion. Cuando iba por la calle comprendia que la gente se volvía á mirarla, y que la señalaban por detrás con el dedo; nadie la saludaba, y el desprecio acre y frío de los transeuntes le penetraba en la carne y en el alma como un viento helado.

En las poblaciones pequeñas parece que la persona desgraciada se vea desnuda ante todos y tenga que sufrir el sarcasmo y la curiosidad.

Al menos en París pasa desconocida, y su incógnito la cubre como un vestido. La pobre deseaba volver á París, pero esto era imposible para ella.

Tenia que acostumbrarse á ser despreciada como se habia acostumbrado á ser indigente. Poco á poco fué adquiriendo esta resolucíon.

Al cabo de dos ó tres meses sacudió la vergüenza y empezó á salir á la calle, como si nada la hubiera sucedido. Salía y entraba con la cabeza alta, sonriendo amargamente y comprendiendo que se volvía descarada.

La señora Victurnien, que algunas veces la veía pasar desde su ventana, se fijaba en la miseria de "aquella criatura," colocada, gracias á ella, "en su lugar," y se congratulaba de verla en aquel estado. Es repugnante la felicidad de los perversos.

El exceso de trabajo fatigaba á Fantina y le aumentó su tosecilla seca. Algunas veces decía á su vecina:—"Tocadme las manos y vereis qué calientes las tengo,"

Sin embargo, cuando por las mañanas se peinaba con un peine viejo y roto sus hermosos cabellos, que la caían como una madeja de seda, le causaban algunos minutos de satisfaccíon.

## X.

Continuacion del triunfo.

Fantina fué despedida de la fábrica á fines del invierno; pasó el verano y el invierno volvió otra vez. En los días cortos se puede trabajar menos. En el invierno no hay calor, ni luz, ni medio día; la tarde se junta con la mañana; todo es niebla y crepúsculo; la ventana está empañada, no se vé claro. El cielo es un tragaluz, el día es una cueva. El sol tiene aspecto de mendigo. El invierno trueca en piedra el agua del cielo y el corazón del hombre.

Fantina ganaba poquísimo; sus deudas iban en aumento y sus acreedores la acosaban. Los Thenardier, mal pagados, le escribían á cada instante cartas cuyo contenido la afligía y cuyo porte la arruinaba. Un día le escribieron que Cosette estaba enteramente desnuda, y que como hacia mucho frío, necesitaba una saya de lana, y que para

comprarla era preciso que su madre enviase diez francos. Recibió esta carta y la estuvo estrujando en las manos todo el día.

Por la noche entró en casa de un peluquero que vivía en la esquina de su calle y allí se quitó el peine. Sus admirables cabellos rubios le cayeron hasta las caderas.

—Hermoso pelo! exclamó el peluquero.

—Cuánto me dais por él? le preguntó Fantina.

—Diez francos.

—Cortadlo.

Compró una saya de lana y la envió á los Thenardier, los que se enfurecieron al recibirla. Lo que ellos querían era dinero. Dieron la saya á Eponina y la pobre Alondra continuó tiritando.

Entre tanto, la infeliz madre pensaba:—"Mi hija ya no tendrá frío; la he vestido con mis cabellos,"

Gastaba unas gorritas redondas que ocultaban la cabeza trasquilada, con las que todavía estaba muy linda.

Verificóse entonces un trabajo tenebroso en el corazón de Fantina. Cuando vió que ya no podía peinarse, comenzó á tomar odio á cuanto la rodeaba.

Participó mucho tiempo de la veneración general hácia el señor Magdalena, y esto no obstante, á fuerza de pensar que la habia despedido y que era el causante de su infortunio, llegó á odiarle más que á todos. Cuando pasaba por delante de la fábrica á las horas en que las operarias estaban á la puerta, afectaba cantar y reír. Una de las trabajadoras que la vió una vez riendo y cantando dijo:

—Esa muchacha acabará mal.

Fantina tomó un amante, el primero que se le presentó, por despique, con rabia en el corazón, un hombre al que no amaba. Era un miserable, un músico ambulante, un ocioso indigente, que la maltrataba y que la dejó como ella le habia tomado, por hastío.

Fantina adoraba á su hija.

Cuanto más iba descendiendo, cuanto más sombrío se hacia todo á su alrededor, más irradiaba en el fondo de su alma la imágen angelical de su hija.

Fantina pensaba:—"Cuando yo sea rica estará conmigo Cosette; y se sonreía. Pero la tos no la abandonaba y sentía sudores en la espalda.

Un día recibió de los Thenardier una carta concebida así:—"Cosette está enferma de una enfermedad que reina en

el pueblo, que se llama la fiebre miliar. Necesita medicamentos caros; esto nos arruina y ya no podemos pagar más. Si no nos enviáis cuarenta francos antes de ocho días, la niña habrá muerto."

Fantina, despues que leyó la carta, echóse á reír á carcajadas y dijo á su vecina:

—Pues esto está bueno! ¡Cuarenta francos! ¿De dónde quieren que los saque esos lugareños? ¡Cuidado que son bestias!...

Se dirigió á la escalera, se acercó á un tragaluz y volvió á leer la carta. En seguida bajó á la calle y salió corriendo, saltando y riendo.

Un transeunte, al verla de ese modo, la preguntó:

—Qué teneis que estais tan alegre?

—Que acaban de escribirme una tontería. Me piden unos lugareños cuarenta francos; lugareños al fin!...

Al pasar por la plaza, Fantina vió mucha gente que se agolpaba alrededor de un coche de figura extraña, en cuyo pescante peroraba de pié un hombre vestido de rojo. Era un titiritero, sacamuelas de la legua, que ofrecía al público dentaduras completas, opiatas, polvos y elixires.

Fantina se unió al grupo y se echó á reír como los demás del discurso que pronunciaba.

El sacamuelas vió á la linda madre que reía, y exclamó de repente:

—¡Hermosos dientes teneis, jóven risueña! Si quereis venderme los dos paletos, os daré por cada uno un napoleon de oro.

—Qué son paletos? preguntó Fantina.

—Paletos, contestó el profesor dentista, son los dientes de delante, los dos de arriba.

—Qué horror! exclamó la infeliz.

—Dos napoleones de oro! exclamó una vieja desdentada. ¡Vaya una mujer dichosa!

Fantina huyó, tapándose los oídos para no oír la voz ronca de aquel hombre que la gritaba:

—Reflexionadlo bien, hermosa! Dos napoleones de oro son algo. Si os decidís, id á buscarme esta noche á la posada de la *Techumbre de plata*, en donde me encontrareis.

Fantina volvió á casa indignada y contó lo que le habia sucedido á su vecina Margarita.

—Ya lo oísteis; ¿no es verdad que es un hombre abominable? ¿Por qué permiten que gentes así vayan por los pue-

blos? ¡Arrancarme los dos dientes de delante! Me quedaria horrible. Los cabellos vuelven á crecer... pero los dientes... Es un mónstruo!... Antes me arrojaría á la calle desde un quinto piso. Me ha dicho que fuera á buscarle á la posada de la *Techumbre de plata*.

—Y cuánto os daba?

—Dos napoleones de oro.

—Son cuarenta francos.

—Sí, contestó Fantina, cuarenta francos.

Quedóse pensativa y se puso á trabajar.

Al cabo de un cuarto de hora dejó la labor y leyó otra vez en la escalera la carta de los Thenardier.

Al volver preguntó á Margarita, que trabajaba cerca de ella:

—Qué es la fiebre miliar?

—Es una enfermedad.

—Que necesita muchas medicinas?

—Sí, y medicinas terribles.

—En qué consiste?

—En una erupcion.

—Y ataca solo á los niños?

—Principalmente á los niños.

—Y mueren muchos de ella?

—Muchos.

Fantina salió á la escalera para leer la carta por tercera vez.

Por la noche salió de casa y vieron que se dirigía hácia la calle de París, en donde están las posadas.

A la mañana siguiente, cuando entró Margarita en el cuarto de Fantina, antes de hacerse de día, porque trabajaban juntas siempre para no gastar más que una luz, encontró á Fantina sentada sobre la cama, pálida y helada: Fantina no se habia acostado. La gorra se le habia caído sobre las rodillas. La luz ardió toda la noche y la vela estaba casi consumida.

Margarita se detuvo en el umbral de la puerta, petrificada al ver aquel desorden, y exclamó:

—Qué es esto, Dios mio? ¿qué ha sucedido? La vela está consumida!...

Miró despues á Fantina, que dirigía hácia ella su cabeza sin pelo, la que desde el día anterior habia envejecido diez años.

—Qué teneis, Fantina?

—No tengo nada, al contrario, confesó la desventurada madre. Mi niña no morirá de esa cruel enfermedad por falta de socorros. Estoy contenta.

Al decir lo anterior, señalaba á la vieja dos napoleones de oro que relucían sobre la mesa.